

dice. En realidad, no es sino una atalaya como otras muchas, más interesante por lo que evoca de recuerdos históricos que por su masa arquitectónica. Varias cosas hay en Bailleul que merecen mayor admiración. «El Museo—asegura la Guía local— es uno de los más ricos del mundo en muebles antiguos, y cualquier capital podría enorgullecerse de poseerlo.» Pero los Museos, en estas regiones, están cerrados.

— ¿Vamos hasta la iglesia de Saint-Waast?— pregunta Fabián Vidal.

Nuestro capitán prefiere que vayamos a cenar, y murmura:

— Se hace tarde... Las iglesias son todas iguales... No sé qué les encuentran ustedes a estos pueblos...

*
**

Lo que les encontramos, además de sus casas viejas, de sus piedras venerables, de sus calles tortuosas y pintorescas, es algo que nos emociona profundamente por lo inesperado. Les encontramos, en medio de la tragedia, una fisonomía risueña, un buen humor inalterable, una resignación animada, una energía serena. Les encontramos un alma heroica, en fin, y por eso sentimos, al alejarnos, que algo de sublime se queda detrás de nosotros.

El soldado inglés juzgado por sí mismo.

Una noche, en Londres, a los postres de un banquete, hablábamos de los grandes literatos ingleses que han escrito sobre la guerra. Hablábamos de Kipling, de Wells, de Madoy Hueffer, de Rempington, de Phylipp Gibbs, y tratábamos de saber cuáles eran las obras que un extranjero, ávido de sondear el misterio trágico del pueblo británico, podía encontrar la mejor fuente de datos exactos.

— Lea usted el libro de Gibbs — me dijo un periodista —. Gibbs es el que más ha visto, el que más ha sentido la guerra... Desde el primer día se halla en el frente, y sus páginas han sido escritas bajo la metralla...

Entonces, un viejo militar que durante toda la cena no había despegado los labios, exclamó:

— Gibbs... Kipling... Wells... eso es literatura... Entre nosotros no hay más que un hombre que ha dicho la verdad en todo su esplendor y en todo su horror... Ese hombre se llama Tommy... Lea usted las cartas de los soldados, en efecto. Ahí es donde está el alma de nuestra raza... Los tomos magníficos desaparecerán... Esas cartas, no... Esas cartas son como el romancero de nuestra epopeya...

*
**

Aquellas palabras acuden a mi memoria en estos momentos en que, gracias a un editor de Londres, podemos saborear una verdadera antología de epístolas auténticas escritas en las trincheras, no por oficiales cultos, sino por simples soldados que confían a sus familias las más íntimas sensaciones de sus pechos rudos. No hay una sola frase literaria, como las que tanto abundan en la correspondencia de los «peludos» de Joffre, en estas confidencias de los hombres de sir Douglas Haig. En Francia, la gracia del estilo es una virtud nacional que hasta los campesinos poseen sin notarlo, y que anima las hojas más modestas de las más secretas confesiones. En Inglaterra, por el contrario, la pluma del pueblo es seca, es tosca. Pero, por eso, sus producciones tienen un acento que inspira confianza, un acre perfume de verdad y de realidad que cautiva y que no cansa nunca, a pesar de su monotonía. Porque, eso sí, el género epistolar guerrero es monótono. Viendo todos los mismos espectáculos, sufriendo de los mismos dolores, alimentándose de las mismas ilusiones, los soldados acaban, forzosamente, por emplear los mismos términos. Un profesor dividiría, sin dificultad, en cuatro o cinco grupos todo lo que Tommy ha escrito en dos años: un grupo de visiones de horror, otro de asombro, otro de risa, otro de orgullo de raza, otro de piedad... En cuanto a los infinitos matices de sentimentalidad que abundan en la literatura popular francesa, dijérase que Tommy los desconoce. Tommy no tiene, o no demuestra, ni galantería ni ternura. Tommy no se entretiene en contemplar la Naturaleza. Tommy, en fin, y esto es para nosotros lo más singular, no habla nunca ni de patriotismo ni de honor nacional.

*
* *

Lo primero que se nota es que el pueblo inglés no estaba preparado moralmente para una guerra europea. No hay una sola carta, entre las muchas que figuran en mi antología, que demuestre una noción precisa de lo que puede ser una gran batalla, ni menos aún de lo que vale el adversario frente al cual los que escriben se encuentran. Los soldados profesionales recuerdan la lucha del Transvaal, y comparan a los alemanes con los boers. Lo que esta comparación sugiere de asombro, fácil es adivinarlo. Ante las formidables masas de guerreros y bajo la espantosa lluvia de fuego, todos confiesan que no se figuraban que *eso* pudiera ser así.

«La guerra surafricana — dice un sargento — fué una excursión comparada con ésta; yo, durante el regreso, me he estremecido de horror una y otra vez al recordar el pavoroso espectáculo que había presenciado al dejar el frente cubierto de cadáveres alemanes amontonados.»

Y un soldado agrega:

«Habíamos tenido una terrible jornada, estando en acción durante tres días con sus noches. El miércoles los oficiales dijeron que Spion Hop era el cielo comparado con la lucha que tuvimos aquel día. Que Dios ayude a nuestros pobres camaradas que fueron heridos.»

Es la enormidad de la ola humana, es el alud enemigo, es la masa irresistible, lo que más los admira. ¿De dónde salen esos regimientos innumerables que marchan en orden sobre los campos cubiertos de cadáveres?... ¿Qué pueblo es ese que así dispone de millones y de millones de hombres?... No hay un Tommy que parezca enterado de lo que son el Imperio y el ejército del Káiser. Con su natural orgullo, todos ellos sienten una inmensa estupefacción al verse obligados a retroceder ante la marcha del enemigo. Oíd estas palabras ingenuas:

«No hay fuerza en el mundo capaz de hacer frente a aquella avalancha, y solamente el hecho de que nuestros hombres retrocedieran un poco es la mejor prueba de su fuerza.» El miserable ejército de lord Kitchener tiene una idea tan elevada de su propio valor, que sólo a la superioridad numérica del adversario atribuye sus fracasos.

He aquí el extracto de una carta, recibida por un jardinero de su hijo: «Os quejabais el último año del enjambre de avispa que destruía vuestros frutos. Pues bien, papá: seguramente no eran en menor número los alemanes que nos atacaron. Éstos son cobardes cuando se ven ante las bayonetas. Un joven teniente cuyo nombre ignoro, se mostró uno de los hombres más tranquilos que he conocido. ¡Qué manera de animar a sus soldados! Le vi echar a tierra a dos alemanes que iban al frente de media compañía.» Todos piensan que un inglés vale, por lo menos, tanto como dos alemanes. Pero, por desgracia, la desproporción es de seis o siete contra uno, según los cálculos generales. *Es un alud*: he ahí la idea más corriente. Y esta idea, al pasar por las imaginaciones sencillas, sugiere las más curiosas imágenes. Para uno se trata de *toaos los diablos del infierno que salen de las entrañas de la tierra*; para otro es *un inmenso campo de trigo que se pone en marcha*; para muchos, *un enjambre de avispa enfurecidas*... Un muchacho de Londres escribe: «Ya sabéis qué inmensa multitud sale del Crystal Palace cuando se disputa la Copa Final; pues bien, otra igual venía hacia nosotros en las afueras de Compiègne; a la fuerza teníamos que hacer blanco; nuestras balas caían sobre ellos sin lograr detener su avance.»

*
**

Eso de que las descargas de sus fusiles no basten para detener la marcha de los que los atacan, resulta una cosa inconcebible para los ingleses. Todos notan los estragos que sus balas causan en las masas adversas; todos ven las brechas que el fuego abre en los *muros humanos*; todos están seguros de su buena puntería... Y sin embargo, todos confiesan que *aquellos diablos* no se detienen en su marcha sino cuando literalmente se logra establecer delante de ellos un baluarte de fuego. ¿Qué resorte misterioso puede así mover a esas columnas?... ¿Qué fuerza sobrehumana logra animar de tal manera esa masa? Tommy, poco curioso de enigmas psicológicos, no se hace siquiera esta pregunta. En su sencillez, contentase con apuntar el hecho, no sin expresar su extrañeza. He aquí una carta de un bravo escocés: «Se presentan en masas compactas, cuadradas, destacándose fuertemente sobre el horizonte, de modo que no teníamos otro remedio que hacer blanco. Yacíamos en nuestras trincheras sin hacer el menor ruido ni señal que les indicara lo que había delante de ellos. Se aproximaban cada vez más, y, al fin, nuestros oficiales dieron la orden de fuego. Bajo una lluvia de balas parecieron vacilar como borrachos; pero en seguida corrieron hacia nosotros lanzando gritos extraños que no podíamos comprender. A mitad de camino otra descarga deshizo sus filas, y al mismo tiempo nuestra artillería empezó a lanzar granadas a su alrededor. Entonces un oficial dió una orden, y en abierta formación se precipitaron como locos hacia nuestras trincheras de la izquierda.»

Y lo más extraño es que esos hombres que así avanzan son malos tiradores y hasta *malos soldados*, según la manera de comprender las virtudes militares de Tommy.

*
**

Sí, sin duda, los alemanes no responden, como guerreros, al ideal inglés. No son bravos a la manera británica. No tienen el soplo individual que anima a los guardias de Su Graciosa Majestad. Y, sobre todo, sobre todo, no saben luchar cuerpo a cuerpo, cuando llega el instante supremo de la carga a la bayoneta. En este punto, todos los Tommys están de acuerdo. «Fué horroroso — dice uno de ellos —. Bajo la protección de su mortífero fuego de artillería, la infantería alemana avanzó a 300 ó 500 metros de nuestra posición. Entonces recibimos orden de calar bayonetas y nos preparamos para la carga. ¡Cómo quedó la infantería alemana! Volvieron la espalda y corrieron para salvar sus vidas.»

Y así como no saben servirse de sus bayonetas, tampoco saben servirse de sus fusiles. No hay carta inglesa, en efecto, que no asegure, en lenguaje más o menos sportivo, que ningún soldado del Káiser sería capaz de ganar un premio en los concursos de la Gran Bretaña. «Son tan malos tiradores — escribe un sargento —, que si estuvieran en las playas de Blachpool, creo que no harían blanco en el mar.» Otro sargento exclama: «¡Qué tiradores tan perros!... Entre cien, no matarían un conejo.»

*
* *

Pero si como cazadores son malos, como artilleros son excelentes. En esto están también de acuerdo los Tommys. He aquí algunos fragmentos de cartas que reflejan la impresión que produce la metralla en el alma de los más bravos: «Nadie era capaz de resistir tan mortífero ataque — dice un escocés —. Era una lluvia, un diluvio de plomo, y aun dando por descontado lo de la sorpresa, es difícil darse cuenta de lo que sucedió.»

Un irlandés escribe: «Nadie más que los que lo hayan visto puede imaginarse tal espectáculo, y no pienso volver a presenciarlo aunque viva muchos años. Creedme que no es muy bonito ver a vuestro compañero con la cabeza arrancada por una granada. Son visiones horribles que nunca olvidaré. Parece que no existía más que la imagen de la muerte mirándonos continuamente cara a cara.»

Otro irlandés: «Te aseguro, madre, que era terrible ver caer a nuestros camaradas unos con la cabeza y otros con los pies y manos arrancados de cuajo. Yo luchaba casi sin camisa; un pedazo de granada se llevó la parte de la espalda sin tocarme.»

Un voluntario de Londres: «Desembarcamos en el Havre y emprendimos el viaje. Estuvimos bajo fuego unos veinte minutos el primer día, lloviendo las granadas sobre nosotros. Salimos del paso con un caballo muerto. Fué maravilloso. Continuamente estábamos bajo fuego durante el día y en marcha por la noche. Es horroroso oír a la artillería tronar día y noche.»

*
* *

Ni los fracasos de las primeras batallas, ni el horror de la tormenta de fuego y de hierro, logran, sin embargo, debilitar el ánimo de Tommy. Con su gran orgullo de hombre superior, confiesa que ha pasado malos ratos y que, a veces, ha tenido que retroceder ante el empuje del enemigo. Pero no por eso deja de declararse digno de ocupar el primer lugar en el mundo. En una de las más recientes cartas de mi antología, un alférez de dragones dice a su madre: «Todos nuestros hombres, en realidad, todo el ejército británico, son aptos como nin-

guno y más vivos que la mostaza. No hay manera de contenerlos.» En otra encuentro estas admirables palabras, que de seguro harán sonreír a los oficiales prusianos: «Piensan que pueden vencer a cualquier ejército del mundo con sólo lanzar grandes masas de tropas contra él, pero ya van reconociendo su equivocación, ahora que pelean con las tropas inglesas.»

¿Y qué decir de las siguientes frases?: «Estuve en cuatro hospitales de Francia, teniendo que ser trasladado porque los alemanes disparaban sobre ellos. En mi opinión, no valen gran cosa como soldados, pues si no fuera por su artillería serían expulsados en breve tiempo. Indudablemente, nuestras pérdidas son grandes, pero las suyas son mucho mayores.»

Pero lo más característico es esto: «Me siento orgulloso de pertenecer al ejército inglés por el modo que tuvo de comportarse a la vista de los demás. No puede pagársele mejor tributo que el de un oficial alemán al caer prisionero, el cual dijo: «Es un infierno resistir el ejército británico.»

*
* *

La insensibilidad del soldado inglés, que ve caer a su compañero sin experimentar, o, al menos, sin manifestar la más ligera emoción, aparece en las cartas de Tommy de una manera tan clara, que los que estamos acostumbrados a leer las sencillas y sublimes elegías del «peludo» francés, nos sentimos desconcertados ante tal indiferencia. No busquéis, en efecto, una lágrima ante las tumbas del campo de batalla, en antologías como la que ahora leo. Por instinto o por filosofía, por naturaleza o por educación, el guerrero vestido de kaki

huye de las frases de luto como de un signo de apocamiento. «Mi camarada cayó muerto a mi lado», suele decir, sin agregar una línea de lamentación. Y si el espectáculo de las horribles heridas que las bombas producen le inspira a veces palabras indignadas o ideas de venganza, nunca, en cambio, hace subir a sus párpados una lágrima. Hay algo de cruel, sin duda, en este modo de ser. Pero hay también algo de helénico, algo de estoico, algo que indica una fuerza de alma digna de respeto. ¿Para qué rebelarse contra lo irreparable?, parece murmurar una voz nacional dentro de cada uno de esos pechos varoniles. Y la prueba de que sólo es lo que la muerte tiene de definitivo, de indiscutible, de incurable, lo que crea la atmósfera de serena indiferencia que nos choca, la encontramos en la infinita bondad con que Tommy socorre a los heridos y se emociona ante las víctimas inocentes de la guerra. Los ejemplos de soldados que llevan a cabo actos de heroísmo y de sacrificio por salvar a un compañero, son innumerables y todo el mundo los conoce. La profunda emoción que esos hombres fríos experimentan al hallarse en los lugares por los cuales ha pasado la horda teutónica, son menos conocidos. Por eso quiero citar algunos trozos de cartas relativas a las atrocidades: Del hospital en que se encuentra, un soldado escribe: «El trato que dieron a las mujeres quedará como un escándalo mientras el mundo sea mundo. Nunca perdonaremos; jamás olvidaremos. Tengo verdaderas ganas de regresar al frente. Si los ingleses se imaginaran los diabólicos crímenes cometidos por esos alemanes, les faltaría tiempo para ir a tomar parte en la lucha. Tanto mujeres como muchachas fueron fusiladas. Realmente, no parecía importarles a los alemanes mucho a quiénes mataban, y

parecían deleitarse en quemar casas y esparcir el terror por todas partes.»

Y otro, desde las trincheras: «No me gustaría pasar de nuevo estos días, ni por amor ni por dinero. Esto no es guerra: es asesinato. Los alemanes rematan a nuestros heridos en cuanto los descubren.»

Y otro: «Si vierais a las pobres mujeres belgas teniendo que abandonar sus casas, con los hijos en brazos, os daría compasión. Uno de estos casos fué el de una mujer que encontramos en el camino y hacía dos días que no se acostaba después de haber dado a luz un hijo. Le arrebataron el niño de sus brazos y le cortaron el seno; en seguida, los alemanes dieron de bayonetazos al chico delante de su madre.»

Y otro: «Las mujeres y niños de Inglaterra pueden considerarse dichosas, pues las de aquí tuvieron que andar de aldea en aldea con sus pequeñuelos en brazos: me llegó al alma ver aquel espectáculo. Los alemanes no usan rifles, sino grandes cañones contra los fusiles de nuestra infantería. Son muy bárbaros, matando a los heridos de la más horrible manera.»

Pero, ¿á qué seguir citando?... El capítulo de las crueldades alemanas es el más largo, el más vergonzoso de esta guerra, el que más deshonra, ya no sólo al pueblo que las comete, sino a la Humanidad entera, que con ellas demuestra la vanidad de todas las ilusiones del progreso moral.

*
**

Más que por las atrocidades que comete, el soldado alemán parece odioso al soldado inglés por el modo de

cometerlas. Con su manera de ser, Tommy sería capaz de comprender y hasta de apreciar a un monstruo de crueldad, con tal que fuera bravo y franco. Porque Tommy estima, sobre todas las virtudes humanas, el espíritu caballeresco, la nobleza de raza, la lealtad en la lucha. Por humilde que sea su condición, Tommy es siempre un *gentleman* que cultiva las tradiciones del «franco juego». Así, ante las deslealtades germánicas, su calma desaparece y su flema se convierte en furor. Oído hablar de estas tristes aventuras:

«Todos — dice un alférez — estamos muy fatigados, pero siempre alerta y llenos de ánimo. Mi regimiento ha tenido un mal encuentro, y temo mucho que haya sido casi aniquilado, aunque todavía no tengo detalles. Fué cogido en una aldea por alemanes apostados en las casas; se valieron de nuestros uniformes para entrar en ellas. Nunca respetaré ya a los alemanes dondequiera que los encuentre. No tienen código de honor, y se han dado varios casos de sorprenderlos con uniformes ingleses y franceses, infringiendo el Convenio de Ginebra.»

Un sargento escocés escribe:

«Hasta ahora creía que los alemanes eran una raza civilizada, pero son sólo salvajes; ni los negros harían lo que hacen ellos. Figúrate que montan ametralladoras Maxim en vagones de ambulancia con la Cruz Roja.»

Un simple soldado dice:

«No eran peores los turcos y búlgaros. Es cosa corriente disparar sobre las ambulancias y rematar a los heridos; se sabe por testigos presenciales. Los alemanes están borrachos de salvajismo en una orgía de la más repugnante crueldad.»

Y otro agrega:

«De 250 hombres sólo quedábamos 80 cuando tuvi-

mos que rendirnos. Se llevaron todo y fuimos puestos en fila para ser fusilados y evitarse molestias. Un ataque de los franceses nos salvó. Los alemanes no respetan nada, y muy a menudo cortan la mano derecha a los prisioneros, libertándolos después. A los boers les dimos algún respiro, pero a éstos no les daremos ninguno y seguiremos el juego hasta acabarlo.»

Ahora bien: un ejército que así comprende y así practica la guerra no puede inspirar a los nietos de los héroes de Fontenoy sino horror y desprecio. Este desprecio y este horror, los oficiales cultos y los intelectuales de Londres tratan de ocultarlo para no perder su sangre fría al hablar de los alemanes. Pero los soldados, más espontáneos y más ingenuos, lo expresan en términos enérgicos: «Figúrate — dice uno de ellos a su padre — lo que será esa gente para que nos haga perder nuestra calma.»

*
**

La calma, no obstante, es en Tommy un artículo de fe. Hay que verlo en el hospital, herido, agonizando de dolor, y sin embargo tranquilo, haciendo esfuerzos sobrehumanos por no perder su dignidad exterior, para darse cuenta de lo que tiene de heroico, de disciplinado, de cultivado, este sentimiento en apariencia natural. «En el fondo — dice Phylipp Gibbs — somos iguales a los demás pueblos, y sufrimos de las mismas conmociones nerviosas, de los mismos temores, de los mismos dolores.» Y agrega: «No somos sino hombres, pobres hombres, como todos los hombres.» Sin duda... Pero esos hombres tienen un resorte de orgullo que les per-

mite mostrarse, en los casos graves, impasibles ante el peligro y ante el sufrimiento. Los médicos de las ambulancias francesas han notado, entre los mil matices que constituyen el valor personal, la diferencia que separa a las tropas de los países refinados de las tropas de los países bárbaros. Un senegalés, por ejemplo, cuyo arrojo en el combate es incomparable, no puede, una vez que se halla en el hospital, herido o enfermo, ocultar sus debilidades infantiles de carácter. Todo lo hace temblar, todo lo hace llorar. Su carne, materialmente menos sensible que la del europeo, se estremece al menor contacto del bisturí. El inglés, en cambio, gracias al milagro de su voluntad, llega a encontrar, cuando padece, la sonrisa que no se le ve en la vida ordinaria. Leed esta carta de un enfermero:

«Los heridos procedían de todos los regimientos y hablaban toda clase de dialectos; todos iban sucios del viaje y en extremo cansados. El dolor había impreso profundas huellas en muchos rostros, y, sin embargo, no se veía ni una mirada quejosa. Sus fisonomías parecían decir: «Aquí estamos; qué importa. Podemos estar »contentos de haber salido vivos: peor podía haber »sido.» Y todos bromeaban, contando anécdotas humorísticas.»

*
**

Es en el hospital, en efecto, donde con más frecuencia se encuentra el fermento de *humour* que cada ciudadano de la Gran Bretaña lleva en la sangre. La risa, a decir verdad, no es, en estos hombres que sufren, tan franca y tan fresca como en los «peludos» franceses

que vuelven del combate. Pero no hay que atribuir el fondo de amargura que se encuentra en las cartas escritas en las ambulancias a una depresión moral. No. La risa inglesa es siempre así, siempre clownesca, siempre impregnada de melancolía o de escepticismo. Oíd a este sargento, más locuaz que sus compañeros en general:

«Tengo un pequeño agujero en el brazo derecho, pero soy hombre feliz. A fe mía que fué grave la cosa. La noche del martes, cuando recibí la herida, vi algo que me hizo acordar de las máquinas segadoras; de tal manera caían los alemanes. Nosotros perdimos solamente nueve compañeros, ascendiendo las pérdidas alemanas a 1.500 ó 2.000. Podéis figuraros con esto lo que pasó. Cuando unos caían, otros ocupaban su lugar, pues había miles de ellos. El mejor amigo es el rifle con la bayoneta, pero el mío voló pronto hecho pedazos. ¿Cómo sucedió? No lo sé. Un balazo me atravesó el sombrero; ya os lo llevaré y lo veréis; advertí el balazo, pero apenas me rozó la cabeza; como no tenía rifle, tuve que tenderme en el suelo. Las balas silbaban sobre mí a centenares. Me detuve hasta que aflojó el tiroteo, levantándome luego, y al intentar arrastrar a un compañero que había sido herido en la cabeza, una bala me atravesó el brazo. Cuando miré en dirección al enemigo, los vi que llegaban a miles; me escapé: os aseguro que hubiera ganado una carrera, fácilmente, aquella noche.»

No hay falsos pudores en estos hombres. Cuando se esconden, cuando huyen, cuando tiemblan, lo confiesan. El *humour* es lo que les sirve para poner un ligero velo alrededor de sus debilidades humanas. Un sargento, después de decir que durante seis horas sus compañeros habían resistido a un bombardeo espantoso, sin

poder siquiera abrir los labios a causa de la emoción, agrega: «Al fin, recibimos orden de retirarnos a la parte Sur del pueblo, y algunas horas más tarde, cuando pasaron lista, se vió que no teníamos más que 300 muertos, incluyendo cuatro oficiales. Entonces ocurrió una cosa extraordinaria: algunos camaradas y yo empezamos a bailar. Bailábamos de alegría por haber salvado la piel y para olvidar un poco lo que habíamos visto, cuando ¡pum...!, llegó una granada del cielo, que estalló, llevándose a veinte de nosotros. De este modo fuimos heridos algunos, cuando creíamos haber escapado. Luego, otra media docena fueron heridos del mismo modo. Unos compañeros fueron por una calle cercana, encontrando una vasija con agua, y mientras se lavaban las manos y la cara, cayó otra granada, matando a la mayoría de ellos.»

Otro herido escribe desde una ambulancia de campaña:

«Los oficiales alemanes son una gente extraña; no parecen tener gran prisa en exponer sus preciosos pedazos, y por eso *dirigen* desde retaguardia toda la acción. Sin embargo, no les debe beneficiar mucho la treta, estad seguros, pues en cuanto se nos presenta oportunidad disparamos sobre ellos. Así se explica, probablemente, el gran tanto por ciento de alemanes muertos. Son muy celosos en empujar a sus hombres adelante, hacia los puestos de peligro; pero no lo son tanto en guiarlos, excepto en la retirada, en que van muy a gusto delante de todos. ¿Habéis visto alguna vez un enano luchando con un grande, robusto y corpulento gigante que se mantiene forcejeando con él hasta que el gigante se cansa, y entonces el pequeño, que conserva la energía, le da un golpe y lo derriba? Eso es lo que me pare-

ce la lucha esta. Estamos danzando ahora alrededor del inmenso ejército alemán; ya nos llegará la vez.»

Esta es la última carta de la antología que acabo de leer. ¿Es la más literaria y la más filosófica, como lo pretende el editor del libro?... Yo no encuentro, entre ella y las antes citadas, una gran diferencia. El soldado inglés escribe como se viste y como se peina: de una manera uniforme. Sus virtudes son de sobriedad y de precisión, no de profundidad ni de sutileza. Para encontrar palabras que puedan compararse con las que tanto abundan en la correspondencia de los simples «peludos» de Joffre, hay que recurrir, en Inglaterra, a las epístolas de los oficiales que han hecho sus estudios en Oxford. Maurice Barrés ha publicado últimamente algunas páginas de bachilleres y doctores que hoy luchan en las filas del ejército británico, en las cuales, sin duda, el pensamiento es hondo y rico de matices. Leed esta frase de uno de esos intelectuales: «Un año de guerra hará de mí, si no un abogado mejor, por lo menos un hombre mejor.» Para el simple Tommy, sin galones, sin diplomas y sin preocupaciones trascendentales, la guerra no es una escuela de perfeccionamiento moral, sino algo más sencillo y más práctico, algo en que el deber patriótico se mezcla con la voluptuosidad del esfuerzo, algo en que la inconsciencia desempeña un papel más importante que los principios, un juego trágico, una aventura tentadora, un *gesto* grande, en suma, pero que no implica ninguna filosofía. En su humilde desnudez, el epistolario británico carece hasta de los lugares comunes que en otros países son obligatorios. Buscad, en efecto, un *estandarte sagrado*, o una *religión del honor*, o un *altar de la patria* en los fragmentos que he citado, y no lo encontraréis. Con ingenua desenvoltura, el hombre de kaki habla de la lucha como

de un *match* sangriento. Que la imagen que surge de entre estas confesiones resulte poco espiritual, poco variada, poco pintoresca, nadie puede negarlo. Pero tal vez esa misma pobreza de líneas sea lo que hace del inglés de baja condición social un maravilloso instrumento de resistencia y de confianza.